

En cualquier caso, por todas partes se extiende una consciencia inaugural. Entre 1910 y 1920, con la Primera Guerra Mundial de por medio, se produce la liquidación del Viejo Mundo y la exhortación a lo Nuevo: la nueva gramática creada por los cubistas será animada por la agitación delirante e irresistible de Dadá. Se ha dado, en efecto, el paso definitivo: ya no se trata de una tendencia o un estilo nuevos, se pretende otro arte. Existen miles de declaraciones que en esos años reflejan el estado de ánimo de «nueva época» que se produce entre los artistas. Oigamos, por ejemplo, el diagnóstico de la situación por el constructivista Tarabukín:

Toda la vida artística europea se ha desarrollado, en el curso de los últimos decenios, bajo el signo de la «crisis del arte». Cuando, ya hace sesenta años, los cuadros de Manet hicieron su aparición en los salones parisinos, provocando una verdadera revolución en los medios artísticos del París de entonces, la pintura perdió la primera piedra de lo que constituía su fundamento. Y toda la evolución posterior de las formas pictóricas que, aun hace poco, interpretábamos como un proceso de perfeccionamiento incesante, se nos ofrece ahora, considerada con el prisma de los últimos años, por una parte, como un índice de la descomposición irreversible del organismo pictórico en sus elementos constitutivos y, por otra, como degeneración de la pintura en tanto que forma de arte típica.

Pero, ¿por qué no oír al propio Klee ahora que ya sabemos algo del ambiente donde se forma? En él también se produce esa consciencia revolucionaria de dar un nuevo sentido al arte, un arte que esté de nuevo insertado en la vida. He aquí una temprana declaración de principios, escrita en 1902, mucho antes de conectar con la vanguardia muniquesa:

Lo más importante no es tampoco pintar cosas de prematura madurez, sino que debo ser ante todo hombre o al menos intentarlo. El arte de domeñar la vida constituye la condición fundamental para todas las manifestaciones del futuro, ya se trate de pintura, escultura, tragedia o música. No sólo de dominarla en la práctica, sino de plasmarla íntimamente y de modo palpable, y adoptar en ello una actitud lo más evolucionada posible. Es obvio que eso no se hace siguiendo unos cuantos principios reguladores, sino que crece como algo natural. No sabría yo encontrar tales reglas, por otra parte. Ya se irá construyendo por sí sola una concepción del mundo; la orientación que deje la huella más clara no depende sólo de la voluntad, sino que se determinará por el destino, presente ya en cierta manera desde el vientre materno.

Pero asumir el destino, aun estando presente desde el vientre de la madre, no excluye la lucha y un cierto vértigo de angustia. Pronto Klee va a ser plenamente consciente de los polos que galvanizarán

su específica dramaturgia artística: el yo y la naturaleza. Hay al respecto un bello texto, escrito como el anterior cuando apenas cuenta veintidós años, en que la cuestión se hace completamente explícita, muy a la manera de un joven romántico de tradición germánica:

Antes (ya de niño) me era absolutamente indudable la belleza del paisaje. Un escenario para los humores del alma. Ahora se inician los momentos peligrosos en que la naturaleza me quiere tragar, con lo que yo no sería ya nada, pero tendría paz. Eso sería hermoso para gente vieja, pero yo..., yo todavía soy deudor de mi vida, puesto que he dado promesas. ¿A quién? A mí, a ella (en alta voz y con toda firmeza), a los amigos (tácitamente, pero con no menor firmeza). Asustado me levanto de la orilla, pues hay que volver a la lucha. La amargura se presenta de nuevo. No soy Pan entre los juncos, soy un mero hombre y quiero subir algunos escalones, subirlos en serio. Quiero actuar, mas no como multiplicidad al modo de las bacterias, sino como unidad aquí abajo y con comunicación hacia lo alto. La meta quizá vaya a ser ésta: anclado en la totalidad del universo, extraño aquí, pero fuerte. Mas, ¿cómo realizarlo? Creciendo, por lo pronto sólo creciendo. Como ejercicio: crear fines que para los muchos no son tales; algo parecido a la práctica de los estudios musicales. Lo superior se hará luego con mayor tersura y facilidad. La paz no existe; el pacífico se ha consumido a sí mismo.

He aquí, de repente, en las notas sueltas de una cierta tarde de junio de 1922, en Bächimatt, cerca de Thun, como cuidadosamente apunta, todo Klee: «anclado en la totalidad del universo, extraño aquí, pero fuerte». Pero he aquí también al simple hombre que quiere subir algunos escalones y subirlos en serio, aquel que ha aprendido que no hay visión sin ejercicios de agudeza. Como místico, Klee no tiene prisas: sabe que hay que saber y sabe que hay que estar siempre dispuesto. Así que el visionario de temprana revelación no tiene reparos en comenzar por el principio: todas las actividades iniciales de Klee en el mundo del arte están empeñadas en un estricto dominio del dibujo y del grabado, a los que se dedica con delectación escolar durante quince años, desde 1899 hasta 1914, y eso «porque está convencido de que la calidad se manifiesta sobre todo en la consciente limitación de la labor», aunque luego ésta pretenda un mundo.

Está, pues, clara la voluntad de crecimiento, una consciencia firme de predestinación, pero también la contradicción y el desgarramiento que asedian la empresa. Durante todos estos primeros años de aprendizaje, de accesis, una otra y vez, de mil formas diferentes, se replantea el conflicto. Veamos —salteado— un muestrario: